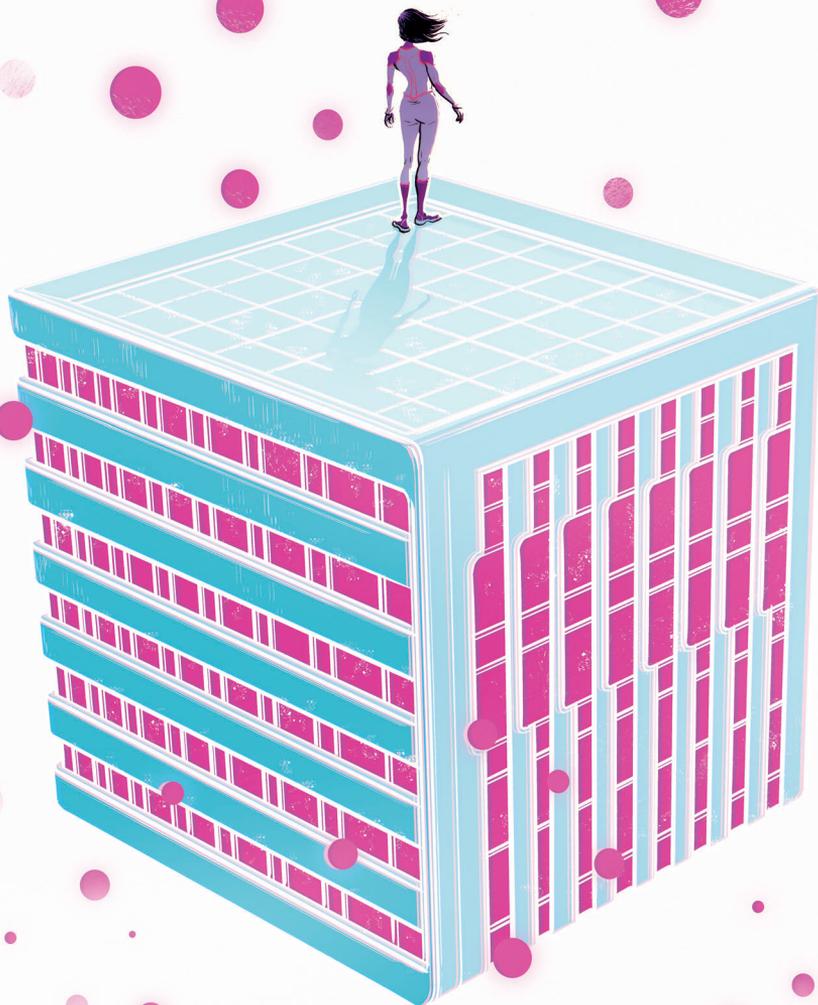


DISIDENTENTES

ROSA HUERTAS



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2021, Rosa Huertas, por el texto
© de la canción *Llegaré hasta el mar*,
Henar Lastres, 2016
© 2021, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la portada: Raúl Allén
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-8343-798-8
Depósito legal: B-11120-2021
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

PRIMERA PARTE

1. Un mundo perfecto...

Me llamo Ada y vivo en un mundo perfecto. Un mundo sin guerras, sin conflictos, casi sin enfermedades, donde cada cual está en su lugar y la tecnología nos permite avanzar siempre hacia la perfección. Pero el mundo no siempre fue así. Durante siglos, los humanos se dedicaron a matarse y a destruir la Tierra, hasta llegar al borde de la extinción. Ahora no somos tantos, el control de la natalidad nos permite mantener el equilibrio y los avances técnicos también ayudan. La población está dividida en sectores de producción; yo pertenezco al 7, el de los tecnólogos. Ignoro lo que ocurre en el resto de los sectores.

No sé mucho de historia, no tiene interés, no es una materia útil y dejé de estudiarse en los colegios. Del pasado sé poco y no necesito más. Solo interesan el presente y el futuro. Tampoco conozco el mundo de fuera, cada cual debe estar en su lugar y el mío es la Escuela Avanzada de Tecnólogos (EAT), donde acudimos los jóvenes especialmente aptos para estos estudios. Comencé hace un par de cursos y aprendo mucho y con rapi-

dez. Con catorce años cada cual pasa a un centro especializado en la rama del saber que mejor pueda desarrollar. La finalidad es que el ser humano siga avanzando y mantenga el equilibrio. No todos tienen cualidades ni ganas de estudiar, por eso hay quienes pasan directamente a las factorías; esos residen en otros sectores, zonas apartadas del lugar donde vivo. Nunca he estado allí.

Mis compañeros son como yo, silenciosos y trabajadores, menos Isaac, que no para de hacer preguntas. Se nota que a la mayoría de los profesores les molesta, quizá acaben enviándolo a otro centro de especialización. En la EAT se requiere total disciplina. Edgar, el profesor de Ética Científica, es el único que parece aceptar complacido las polémicas dudas de Isaac. Los demás cortan sus intervenciones con frialdad.

–La ciencia debe asegurar la pervivencia del ser humano –dice el profesor de Ética–. No hay robots que dañen a los humanos. No hay inventos destructivos, como hace siglos. No hay bombas atómicas. Nuestro mundo es mejor que el pasado.

–¿Y qué me dice de la vigilancia? –interviene de pronto Isaac–. Hay guardias y cámaras por todas partes, siempre nos observan...

–Es el precio de la seguridad –suspira Edgar–. En realidad, lo peligroso no son los inventos, sino las intenciones de los seres humanos que los usan. Eso es lo que hay que controlar.

–No es únicamente eso –sigue Isaac–. También se controlan los gustos, las aficiones, los conocimientos.

El profesor se agita, parece que no sabe cómo continuar.

–Antes se estudiaban otras materias –insiste mi compañero.

–Que no servían para nada –corta el profesor–. Supongo que te refieres a las humanísticas; hace décadas que se fueron rele-

gando, hasta que desaparecieron. Esto dio sus frutos, para algunos muy positivos: la tecnología se desarrolló a pasos de gigante. Se avanzó mucho en aspectos como la realidad virtual, que permitió crear nuevas aplicaciones de ocio, juegos... El placer, rápido e instantáneo, en cualquier momento.

No lo dice con entusiasmo, me da la impresión de que no le gusta demasiado contar esto. Isaac lo mira, absorto y preparado para saltar con otra pregunta en cualquier momento, mientras que el resto de los compañeros asistimos indiferentes al debate. Algunos han dejado de atender. No es habitual que se dé un diálogo así con un profesor en clase.

–Y todos tan contentos, ¿no? –Isaac usa un tono irónico–. Nos basta con tener dispositivos virtuales, gafas y micropantallas holográficas que nos permitan jugar sin límite.

–¿Te parece poco? –se burla Roger, uno de los compañeros.

Los demás secundan sus carcajadas y el profesor se pone nervioso. Isaac ignora la reacción de los demás alumnos.

–¿Y el arte? –vuelve a la carga Isaac, mirando directamente a los ojos al profesor.

Edgar no responde, se instala un silencio espeso cargado de tensión.

–Inútil –contesta al fin el profesor, apartando la mirada. Ha dejado los ojos fijos en el suelo.

–Eso daría mucho que hablar. –Isaac siempre tiene que decir la última palabra.

–Pero no hoy –corta Edgar–. La clase ha terminado.

Aún faltan diez minutos, pero es evidente que el profesor quiere acabar con la discusión, o no tiene otro recurso más que salir corriendo. Isaac ha logrado llamar mi atención. Los demás se alegran de tener estos minutos de regalo.

–¡Cómo te gusta discutir con el profe! –digo, y me siento a su lado.

Me mira y sonrío, es la primera vez que me dirijo a él para un asunto que no tenga que ver con el estudio.

–No está bien aceptar las cosas sin más, Ada. Y eso es lo que hacemos. Nos creemos que todo está bien y no es así.

–¿Qué es lo que no está bien? –le pregunto–. Vivimos en un mundo perfecto.

–Eso es lo que tú te crees –susurra–. Me cuesta callarme lo que pienso y sé que me puede traer problemas.

–Nunca he conocido a alguien como tú. La verdad es que me haces dudar.

–Eso está muy bien, Ada. No debes conformarte.

Me lo dice convencido y mirándome a los ojos. Los suyos son verdes y contrastan con su cabello negro y rizado. Entra el profesor de Matemáticas y se acaba la conversación, pero me quedo sentada a su lado. Quiero conocerlo mejor, es un chico distinto, quizá por eso me atrae. Tendremos ocasión de dialogar, el curso es muy largo y se presenta interesante.

2. Lleno de secretos

He buscado la mirada de Isaac nada más entrar en clase, pero sus ojos estaban clavados en su holotableta. Me acerco a él y, en cuanto nota mi presencia, apaga la pantalla con un mani-fiesto nerviosismo. Nos saludamos con frialdad, lo habitual entre simples compañeros de clase. Me decepciona, ayer pensé que se había abierto una vía de amistad entre nosotros.

Aparece el director de la EAT, viene muy serio. Nos anuncia que Edgar, el profesor de Ética, no acudirá hoy a clase. En su lugar, asistiremos a una conferencia impartida en otra escuela especializada de esta misma materia. A nadie parece importar-le excepto a Isaac. Observo que se ha puesto muy serio y sus manos tiemblan ligeramente. Continúa con la vista fija en su pantalla y no levanta los ojos en dirección al conferenciante. Si no presta atención, sus días en esta escuela están contados. El equipo orientador vigila nuestros movimientos para garantizar el máximo aprovechamiento por parte de los alumnos. Si estamos aquí, debemos demostrar que valemos para ello.

–Las leyes de la robótica garantizan la seguridad –escucho al conferenciante–. En virtud de ellas, un androide nunca podrá dañar a un ser humano. Es absolutamente indispensable que las cumplan y todo ingeniero está obligado a garantizarlas en el desarrollo de sus prototipos.

Intento seguir la explicación, pero estoy más pendiente de los movimientos de Isaac. Se ha dado cuenta y evita que yo vea lo que mira en su pantalla. De pronto gira el dispositivo para que pueda contemplar lo mismo que él. Me sorprende. Es un dibujo extraño, parece muy antiguo y representa una escena sobrecogedora: unos soldados apuntan con sus escopetas a un grupo de hombres de rodillas. En el centro, uno de rostro desfigurado y camisa blanca alza los brazos. El suelo es un charco de sangre poblado de cadáveres. Algo se remueve dentro mí, la imagen es violenta y a la vez emocionante. Siento un temblor extraño. La visión ha durado escasos segundos, enseguida la ha retirado de mi vista, pero el efecto continúa. Pierdo la concentración, ya no sé qué está contando el profesor y me inquieta la actitud de mi compañero.

–¿Podrías venir a mi casa esta tarde? –me pregunta al acabar la clase.

–¿Necesitas ayuda con alguna asignatura? Las matemáticas se me dan muy bien.

–Me alegro por ti –responde–, pero no es de eso de lo que quiero hablar contigo.

–No podemos perder el tiempo en asuntos sin importancia. Las tardes son para estudiar...

–Y también para investigar –me corta–. Lo que te voy a proponer es que investiguemos sobre algo...

Me preocupa no alcanzar el baremo de calificaciones si Isaac me distrae. No quiero perder la oportunidad de llegar al élite

científica, la misma a la que pertenecen mis padres y mis abuelos. He sido educada para esto.

–¿Qué me dices? –Isaac interrumpe mis pensamientos–. Te espero a las siete.

No contesto, pero él interpreta mi silencio como una afirmación.

–No te arrepentirás –añade–. Descubrirás muchas cosas que no sabes, ¿no es lo que debemos hacer?

–¿Qué era ese dibujo que me has enseñado antes? –quiero saber.

Posa su dedo sobre mis labios para hacerme callar.

–Este mundo perfecto está lleno de secretos –dice enigmático.

3. La verdad nos hará libres

La casa de Isaac está en la urbanización Las Encinas, igual que la mía, en el sector 7. Caminando estaré allí enseguida. Desde la EAT basta coger la lanzadera para llegar en pocos minutos a la zona donde vivimos. Los árboles impiden que la contaminación inunde nuestros pulmones. Los medios de transporte ya no emiten gases contaminantes, existimos en cierta armonía con la naturaleza. Al menos, más que hace un siglo. Todo se recicla, el mundo es más limpio y las grandes ciudades han quedado deshabitadas. Nuestra urbanización dista unos veinte kilómetros de lo que fue el centro de Madrid. Ahora ya nadie vive allí, las guerras acabaron con la ciudad. Quedó destruida y peligrosamente contaminada. Jamás la he visitado, nadie ha regresado a las ruinas desde entonces. La humanidad ha aprendido la lección.

Me alegro de vivir en esta época de prosperidad y paz y de pertenecer a la EAT. Por eso me inquieta acercarme esta tarde a casa de Isaac. Sé que no debo hacerlo: ese chico cuestiona la realidad establecida y no es bueno dudar. Sin embargo, no soy

capaz de evitar que me atraiga: es tan diferente y posee un magnetismo tal en la mirada que parece hipnotizarme. Quiero descubrir lo que él sabe, aunque intuyo que me hará tambalear. Será que me gustan sus ojos verdes y su voz suave y rebelde a la vez. Mis padres también se conocieron en la EAT, pero dudo que mi padre se pareciera a Isaac cuando tenía nuestra edad.

Sin darme cuenta, embebida en estas cavilaciones, he llegado ante la puerta de su casa. Poso la mano en el dispositivo de reconocimiento y veo que se enciende la pantalla.

–¡Qué pronto has venido! –me dice Isaac sonriente–. ¡Vamos, pasa!

La puerta se abre y entro en una sala de estar semejante a la mía. Todas las viviendas se parecen: limpias, asépticas y útiles.

Me recibe con cierta premura y me invita a entrar en su habitación. Ni siquiera me ha estrechado la mano, lo cierto es que en la EAT somos poco dados a las efusiones físicas. Me lamento de ello por primera vez, me habría gustado sentir el tacto de su piel. De pronto se queda parado en medio del cuarto y me mira.

–No sé si he hecho bien en invitarte... –balbucea–. Aún estás a tiempo de marcharte, si quieres.

–¿Por qué dices eso? –No entiendo a qué viene tanto misterio.

–No tengo derecho a meterte en este lío, quizá sea peligroso.

–¿Peligroso? –Me dan ganas de reírme–. Esa palabra no tiene cabida en el mundo en que vivimos.

–No es así, Ada –dice muy serio–. Y no sé si tengo derecho a sacarte de la burbuja de ignorancia en la que vives.

–¿Bromeas? No soy una ignorante –me enfado–; al contrario, asisto a una de las escuelas más prestigiosas del mundo, igual que tú. Somos inteligentes y cultos.

–Eso es lo que desean que creamos –asegura cabizbajo–. Será mejor que te marches.

–¿Y qué pasará si me quedo? –suelto desafiante.

–Que te darás cuenta de lo ignorantes que somos, que te cuestionarás el mundo que te rodea. Quiero contar contigo, no podré hacerlo solo, y me fío de ti, nada más que de ti.

–¿Por qué yo? –tiemblo.

–Porque me lo dice algo distinto de la razón, porque eres sensible. Nadie más en clase lo es, solo tú atendiste a la discusión con el profesor de Ética. A ningún alumno más le interesa la verdad.

–¿Qué verdad? –No entiendo nada.

–La que nos hará libres, Ada.

No dice más. Enciende la holopantalla y teclea. Después la desbloquea con su clave de voz.

–El profesor de Ética me envió este mensaje ayer, después de nuestra discusión en clase. ¿Quieres verlo? Aún estás a tiempo de marcharte.

No respondo, me siento a su lado y lo tomo de la mano. Siento que así podría recorrer el mundo, por muy desconocido y peligroso que sea. Isaac comprende mi gesto y abre el mensaje. Ante nosotros aparece la imagen tridimensional de Edgar. Escucho la voz del profesor como si realmente lo tuviese delante, pero su tono revela un nerviosismo que jamás había percibido en clase.

Estimado Isaac. No sé si me gusta o me disgusta tu carácter inconformista, tan poco adecuado para el lugar donde estudias. Me agrada que te parezcas a mí, aunque nadie sería capaz de adivinarlo. Y me incomoda que hayas zarandeado estos principios que he tardado

años en defender con cierta credibilidad. Si prefieres no seguir escuchando, solo tienes que detener esta grabación y borrarla. Te advierto que si no lo haces tu vida será distinta a partir de este momento. Sé que a otro alumno cualquiera escuchar lo que tengo que contar le resultaría indiferente, no daría crédito a mis palabras e, incluso, me denunciaría a las autoridades. Pero tú sí que me vas a creer y eso cambiará tu vida de manera radical. Aún estás a tiempo.

Isaac detiene la grabación y me mira, espera un gesto de aprobación por mi parte antes de continuar. Él ya la debe de haber escuchado completa, ahora quiere mi complicidad. Asiento con la cabeza, sin pensarlo siquiera, y la imagen del profesor de Ética vuelve a hablar y a moverse.

Llevo años defendiendo algo en lo que no creo. Hablo a mis alumnos de una filosofía utilitarista: ya no se estudia ni se investiga nada que no sea útil. No se obliga a nadie a estudiar, las clases preparadas dominan el mundo. He contribuido a crear un sistema educativo excluyente, vendido como útil y efectivo.

La voz del profesor se quiebra, habla con el rostro en nuestra dirección, pero tiene la mirada perdida.

Fue un proceso lento que comenzó hace casi dos siglos, programado por una mano sutil que buscaba efectos a largo plazo, y los consiguió. Empezaron eliminando las disciplinas artísticas y creativas del programa escolar,

luego se cargaron las humanidades, alegando su escasa utilidad. Al eliminar lo creativo, lo personal y el pensamiento, también se eliminaron la duda, la crítica y la imaginación. Nadie cuestionaría nada, ni los que están arriba ni los de abajo. No tienes más que ver a tus compañeros. En treinta años como docente, jamás se habían cuestionado mis enseñanzas, jamás me habían preguntado por el pasado, por el exceso de vigilancia ni por el derecho a disentir... hasta que llegaste tú, que has removido unos principios que creía abandonados hace décadas. Nadie puede huir de la verdad, ahora lo sé. Quiero que te preguntes por qué nunca os dejaron ver algo así.

La imagen holográfica del profesor desaparece de nuestra vista y de pronto surge ante nosotros el mismo cuadro que Isaac me ha mostrado en clase esta misma mañana. Vuelvo a impresionarme, es magnífico, nunca había visto nada tan sobrecogedor. Las pinceladas vibran, la escena es dramática y parece traspasar el tiempo hasta que se borra y me deja con una extraña sensación.

–¿Qué es ese dibujo? ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Se ha vuelto loco el profesor?

–¿No te das cuenta, Ada? Vivimos en una mentira, Edgar lo está admitiendo. Es la confirmación de lo que pienso, no puede ser todo tan simple como nos hacen creer. Siempre he sospechado que faltaba algo... ahora sé lo que es...

–Os habéis vuelto locos los dos –balbuceo.

–De eso nada, somos los más cuerdos que hay en toda la EAT–asegura–. Y me gustaría que tú también empezaras a abrir los ojos. ¿Qué te parece ese cuadro?

–No sé... –dudo–, impactante, quizá.

–Es una pasada, es una obra maestra de Goya, se titula *Los fusilamientos del tres de mayo*. Es increíble que no conozcamos nada de ese pintor y que no sepamos ni dónde está ese cuadro, si es que existe.

– Toda la información del mundo se encuentra al alcance de cualquiera en las redes de conocimiento –digo convencida.

–Otra mentira –salta indignado–. Solo está lo que quieren que sepamos. Verás.

Toma su micrófono y busca en la pantalla holográfica. Enseguida encuentra datos sobre Goya, resulta que fue un pintor español del siglo XIX.

–¿Lo ves? –le digo–. Ahí tienes la información.

Me mira y sonrío como si él llevara razón y yo fuese una ignorante.

–Solo eso, información. Aquí lo único que aparece son sus datos biográficos: Francisco de Goya y Lucientes, pintor español nacido en Fuendetodos (Zaragoza) en el siglo XVIII. Entre sus cuadros destacan... –lee todo lo que hay escrito.

De pronto empiezo a comprender que Isaac puede tener razón. Es verdad que hay datos, pero solo eso. No se reproduce ni uno solo de esos cuadros. No se dice nada de ellos. Lo que lee es una biografía cualquiera de alguien que vivió hace muchos siglos.

–¿Y los cuadros? –me atrevo a preguntar.

–Como si nunca los hubiera pintado. El arte no existe en el siglo XXI.

–Es un residuo del pasado –respondo–. Algo inservible y degenerado que desapareció porque a nadie le interesaba y estaba ya superado por la tecnología.

–Eso es lo que nos han contado. ¿De verdad crees que a nadie le interesa contemplar un cuadro como este? ¿De cuántas

obras de arte maravillosas nos están privando? –se pregunta en voz alta.

–No estoy segura de que necesitemos el arte para vivir. Yo tengo todo lo que me hace falta –aseguro.

–Porque nunca has conocido otra cosa, Ada. Estas obras tienen que estar en alguna parte.

–Se destruirían durante la Última Guerra Mundial –digo convencida.

–Yo no estaría tan seguro.

–Tendremos que preguntarle a Edgar cuando vuelva. Aunque no sé si acabo de creerme todo eso que dice. Quizá pretenda provocarnos para que investiguemos y luego lo expongamos en clase.

–Esto no tiene nada que ver con sus clases, Ada. Dudo que le dejen regresar a la EAT. Es posible que el profesor corra peligro después de lo que nos ha contado.

–¡No exageres, Isaac! Seguro que mañana aparece con su gesto serio y sus extrañas ganas de aceptar tus preguntas polémicas.

–Ya veremos –suspira–. Pero me temo que esto va a ser más complicado de lo que parece.

Me despido de él y vuelvo a casa absorta en mis pensamientos. ¿Tendrá razón? Me cuesta creerlo. Es un chico apasionado y fantasioso que desea ver lo que no hay en la realidad, pero me gusta que se salga de lo normal, de lo habitual, de lo trillado. Él es distinto y piensa diferente, una auténtica novedad en mi mundo, donde todo es semejante, incluso diría que idéntico. Jamás pensé que me sentiría atraída por alguien fuera de lo común; yo, que nunca me he apartado de la senda marcada. ¿Será el principio de una vida diferente de la que siempre había previsto? Pensar en la respuesta me asusta, pero a la vez me emociona. ¿Isaac me estará cambiando?

4. Una verdad comprometedora

Casi no he dormido, no he dejado de darle vueltas a lo que hablé con Isaac ayer. Nunca me había sentido tan inquieta, ni con tantas dudas. Hasta ayer solo tenía certezas, no me hacía preguntas. Isaac ha sembrado interrogantes en mi vida, tantos que me da miedo.

Entro en clase y mis ojos buscan a mi nuevo amigo con avidez, pero él no está. Hay una inquietud extraña. Mis compañeros, habitualmente silenciosos y pasivos, van de un lado a otro y charlan en susurros. Unos cuantos me miran con descaro, parecen dudar si acercarse a mí o no. Delina me agarra por el brazo y me habla al oído.

–Parece ser que el profesor Edgar ha muerto.

Me quedo helada, como si la sangre se hubiera detenido en mis venas. No puede ser, ayer escuché su voz, aunque fuese a través de una imagen holográfica. Anteayer discutía con Isaac aquí mismo y no parecía enfermo.

–Creen que ha sido un caso fulminante de SPM –añade Delina.

El maldito síndrome de parálisis mortal. Sus efectos no suelen ser tan inmediatos, pero es la única enfermedad para la que no existe cura en la actualidad. Todos los días nos vacunamos para combatir cualquier tipo de infección. Se han erradicado cientos de dolencias mortales, pero con esta nunca han podido. Hay algo incomprensible, si estuviese aquí Isaac...

Entra el director de la EAT, más serio aún que ayer, y confirma los rumores.

–Siento comunicarles el fallecimiento del profesor...

Lo oigo a lo lejos, como en un sueño, o más bien una pesadilla. ¿Sabía Edgar que se moría y por eso le hizo las revelaciones a Isaac? Alguien que es consciente de que va a morir no cuenta mentiras, no engaña. Lo que nos reveló debe de ser cierto. Una verdad comprometedor y terrible. Una verdad que yo también sé y por eso ahora formo parte del problema. También soy peligrosa, quizá corra peligro. Tengo que hablar con Isaac.

–No me encuentro bien –le digo al director antes de que abandone el aula–. He amanecido indispuesta, pero me he empeñado en venir; ahora veo que debería haberme quedado en casa.

El director me mira y habla con tono paternalista. En verdad, debo de tener mala cara.

–¿No se ha tomado usted sus medicamentos?

–Sí... –balbuceo nerviosa–. He dormido mal.

–También hay pastillas para dormir, debería haberlas utilizado –me recrimina–. En fin, avise a sus padres, señorita Aguilar. Será mejor que se quede en casa unos días.

Dos mujeres del personal de vigilancia me acompañan hasta la puerta y me suben en un biplaza sin conductor que me deja enseguida ante mi casa; parece que tienen prisa por alejarme de la EAT. Me acerco a la puerta, pero, cuando el biplaza se pierde de

vista, vuelvo sobre mis pasos. Necesito hablar con Isaac, contarle lo que ha ocurrido, si es que no lo sabe aún. El corazón me late a mil por hora.

Corro con todas mis fuerzas hasta que me falta el aliento. No hay nadie por las calles de la urbanización a estas horas, una neblina lechosa desdibuja los contornos de los muros que protegen las casas. La gente se suele mover en los biplaza para los trayectos cortos, casi nadie va andando. Las farolas flotantes se van encendiendo a mi paso, como si me persiguieran. No es más que un sistema activado por el movimiento, pero me da la impresión de que me observan.

Ya diviso a lo lejos mi objetivo, pero compruebo que, delante de la casa, hay varias patrullas de policía. Una punzada de miedo me atraviesa el pecho. Detengo la carrera y me escondo tras una esquina. Tengo que acercarme más para ver qué ocurre. Quizá por la parte trasera haya menos vigilancia.

Doy la vuelta y compruebo que la casa de Isaac está rodeada por un murete muy bajo, que salto sin problemas. Me escondo tras unas plantas del jardín.

La policía está dentro, percibo la silueta de dos guardias y un robot de seguridad a través de la ventana. No veo a Isaac por ninguna parte, pero sí a sus padres, que hablan con los agentes. No oigo lo que dicen, solo veo sus sombras. Me da miedo imaginar que le haya pasado algo grave a mi amigo. ¿Amigo? Hace poco más de un día que hemos hablado de algo distinto a las clases. Me doy cuenta de que, en ese escaso tiempo, él ha compartido más confidencias conmigo que ninguna otra persona de mi edad. Presiento que se ha escapado y que su huida tiene mucho que ver con la muerte de Edgar. Me asusta pensarlo, pero sé que es la verdad.

Intuyo que corro peligro si continúo acechando esta casa, debo escapar de aquí. Nada puedo hacer por Isaac. Una lágrima baja por mi mejilla. No es bueno enternecerse ni llorar. Nos han enseñado a ser duros, inflexibles, a sortear las debilidades, a estar seguros de quiénes somos y cuál es nuestro papel en la vida, pero no podemos evitar el miedo. Yo lo tenía muy claro: estudiar, obedecer y cumplir mi plan vital, ese para el que llevo preparándome desde niña. Igual que mis padres, igual que los padres de mis padres. Todo por la perfección. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ni siquiera he llegado a formularme esa pregunta, y tengo dieciséis años.

Si desaparece de la EAT, echaré de menos a Isaac porque es la única persona diferente que he encontrado. Quizá sea la causa de este revuelo. Huyo despacio, escondiéndome tras los árboles y procurando no resultar sospechosa. Dejo, tras de mí, la casa de mi amigo y los coches de la policía. Es la primera vez que entran en el sector 7, al menos que yo recuerde.

En casa no me espera nadie. Creo que tengo fiebre, me duele todo el cuerpo y estoy temblando. El sueño reparador podrá calmar esta desazón. Ingiero un analgésico y la vacuna diaria y me tumbo en la cama. La imagen de Isaac baila en mi recuerdo y temo que inundará mis sueños y hasta mis pesadillas.

Cuando me despierto ya es de noche. Alguien ha entrado a taparme, habrá sido mi madre. Ya no me duele nada, el sueño ha sido profundo, tanto que debo esforzarme para recordar lo ocurrido durante el día, me parece algo lejano e inventado. ¿No habrá sido solo una pesadilla?

Un ruido en la ventana me sobresalta, parece como si una piedra hubiese impactado en el cristal. Me levanto y me acerco temerosa, la luna filtra su claridad a través de la cortina. Fuera, la noche convierte los árboles del jardín en sombras acechantes.

De pronto, un rostro aparece en la ventana, estoy a punto de chillar, pero reconozco a Isaac y ahogo el grito en mi garganta. Abro la ventana con celeridad, no me explico qué hace aquí ni por qué ha venido.

–¿Cómo has conseguido pasar sin que suene la alarma? –es lo primero que se me ocurre preguntar.

–Hasta tú serías capaz de desconectar un sistema de seguridad tan simple –me responde.

–¿Qué haces aquí? –es la pregunta que debería haber hecho desde el principio.

–Huir.

La respuesta me asusta, mucho. Que se haya refugiado en mi casa no es bueno: si él corre peligro, yo también. La impresión me impide hablar, no soy capaz de echarlo, su rostro refleja cansancio y miedo. Isaac se sienta en la cama y esconde la cara entre las manos en un claro gesto de desesperación.

–No sé si voy a poder con esto –susurra.

–Edgar ha muerto –digo como si no intuyera que él lo sabe.

–No ha muerto –levanta la vista y lo dice mirándome a los ojos–. No ha muerto, Ada. Lo han matado.

–¿Qué locura dices?

–Anoche me llegó otro mensaje suyo, desesperado.

–Nos han dicho que ha sido un caso de SPM. –Cuento lo que sé.

–Y lo ha sido. Pero el SPM es una enfermedad de laboratorio, se puede inducir... sobre todo a quienes resultan molestos. Es una manera de controlar a la población de forma oculta.

–¡No te creo! –salto. Lo que afirma me parece una locura. No puede ser.

–Ada, sé lo que digo. Mis padres... pertenecen a la disiden-

cia. Yo sé cosas que tú no imaginas. Y a ellos se los han llevado esta mañana.

–¿Y tú? ¿Te has escapado? –digo, temblando.

–Por eso estoy aquí. Tienes que ayudarme. No tengo a nadie más. Sé que nos educan para ser individualistas, para no implicarnos demasiado con los demás. Pero eres la única amiga que tengo aquí, en el sector 7.

La cabeza me da vueltas, me siento a su lado. Isaac toma mi mano y yo la aparto de golpe, ¿qué pretende? No debo inmiscuirme en este turbio asunto, tiene que marcharse ya, antes de que mis padres lo descubran.

De pronto suena el intercomunicador de mi cuarto, mi madre me llama desde la entrada de la casa.

–Ada, ven enseguida –oigo la voz de mamá, suena distinta, con una angustia que no comprendo.

–Están aquí –susurra Isaac–. Me han encontrado.

–Tienes que marcharte –le ordeno–. No quiero que nos metas en un lío.

–¡No te das cuenta! –Me agarra por los hombros y me mira fijamente–. Ya estás metida en este lío.

El sonido leve de mi reloj personal nos interrumpe, miro la pantalla, que se ha iluminado, y leo una palabra, un mensaje de mi madre: «Huye». Todo se vuelve negro alrededor, una sensación de angustia infinita me invade, creo que me voy a desmayar. Isaac agarra mi muñeca y también lo lee. Tira de mí en dirección a la ventana. No tengo fuerzas, el miedo me ha paralizado.

–¡Vamos, Ada! –me habla al oído–. Ahora o nunca. Tienes que confiar en mí.

No entiendo lo que ocurre. Soy una alumna de la EAT, mi vida es perfecta, debo estudiar para ser ingeniera, el mundo es

un lugar pacífico donde no ocurre nada fuera de lo previsto. ¿No es así? ¿Acaso vivo en una gran mentira?

Salimos por la ventana de mi habitación, sigilosamente. Isaac me toma de la mano y me guía, yo me dejo llevar. No sé quién soy, no sé qué estoy haciendo, ni por qué el mundo se ha convertido en otro en cuestión de segundos. Una lluvia fina y cortante nos recibe en la calle.